

Para los árboles

Imagino que Jean Giono habrá plantado no pocos árboles a lo largo de su vida. Sólo quien ha cavado la tierra para acomodar una raíz o la promesa de ésta podría haber escrito la singularísima narración que es «El hombre que plantaba árboles», una indiscutible proeza en el arte de contar. Claro que, para que eso sucediera, era necesario que existiera un Jean Giono pero, por suerte para todos nosotros, esa condición básica era ya un dato adquirido y confirmado: el autor existía, sólo faltaba que se pusiera a escribir la obra. También faltaba que transcurriera el tiempo, que la vejez se presentara para decir «aquí estoy», pues sólo a una edad avanzada, como ya entonces era la de Giono, es posible escribir con los colores de lo real físico, como hizo él, una historia concebida en lo más secreto de la elaboración ficcional. Elzéard Bouffier jamás existió, no es más que un personaje, hecho con los dos ingredientes mágicos de la creación litera-

ria, el papel y la tinta con la que se escribe en él.

Y, sin embargo, se convierte en un conocido nuestro nada más leer la primera referencia que a él se hace, como si se tratara de alguien a quien estuviésemos esperando. Y ésa es la conclusión: estamos esperando a Elzéard Bouffier, antes de que sea demasiado tarde para el mundo.

José Saramago



# **El hombre que plantaba árboles**

Jean Giono

Traducción de Palmira Feixas



**P**ara que el carácter de un ser humano desvele cualidades verdaderamente excepcionales, hay que tener la fortuna de poder observar su actuación durante largos años. Si dicha actuación está despojada de todo egoísmo, si la idea que la rige es de una generosidad sin par, si es absolutamente cierto que no ha buscado ninguna recompensa y que, además, ha dejado huellas visibles en el mundo, entonces nos hallamos, sin duda alguna, ante un carácter inolvidable.



**H**ace cosa de cuarenta años, emprendí un largo viaje a pie por unos montes completamente desconocidos por los turistas, en la vieja región de los Alpes que penetra en la Provenza.

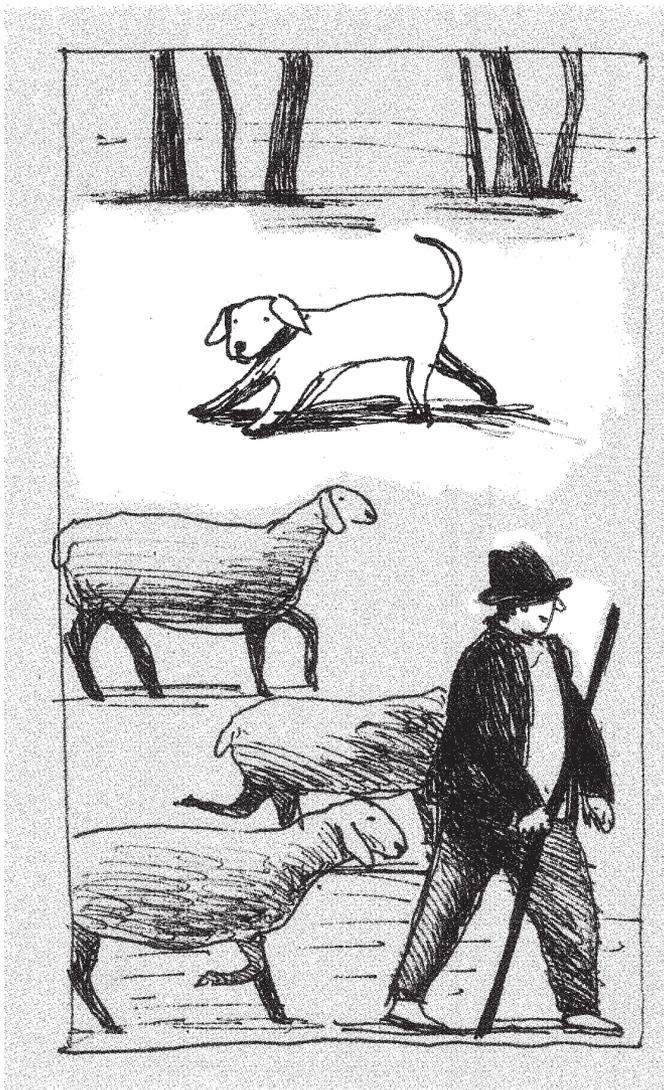
La región está delimitada al sureste y al sur por el curso medio del Durance, entre Sisteron y Mirabeau; al norte, por el curso superior del Drôme, desde su nacimiento hasta Die; al oeste, por las llanuras del Condado Venaissin y los contrafuertes del Mont Ventoux. Comprende toda la parte norte del departamento de los Bajos Alpes, el sur del Drôme y un pequeño enclave de la Vaucluse.

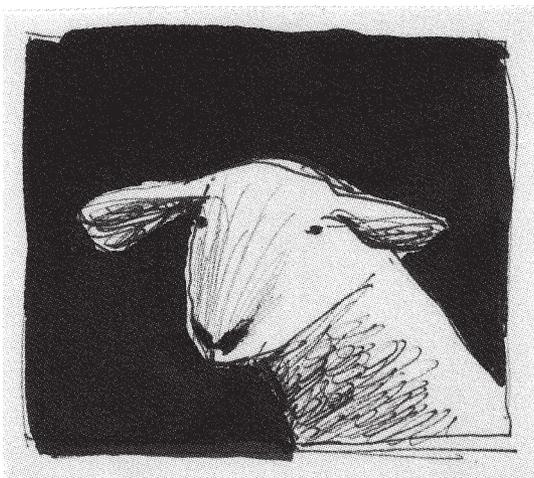


**C**uando inicié mi larga caminata por esas tierras desiertas, a una altura de entre mil doscientos y mil trescientos metros, no había más que llanuras desnudas y monótonas en las que sólo crecían lavandas silvestres.

Atravesé el país por su parte más ancha y, después de tres días de camino, me encontré en una desolación sin par. Acampé junto a un esqueleto de pueblo abandonado. No me quedaba agua desde la víspera y necesitaba encontrarla como fuera. Esas casas arracimadas como un viejo panal de avispas, pese a estar en ruinas, me dieron a pensar que ahí, en otro tiempo, tuvo que haber una fuente o un pozo.

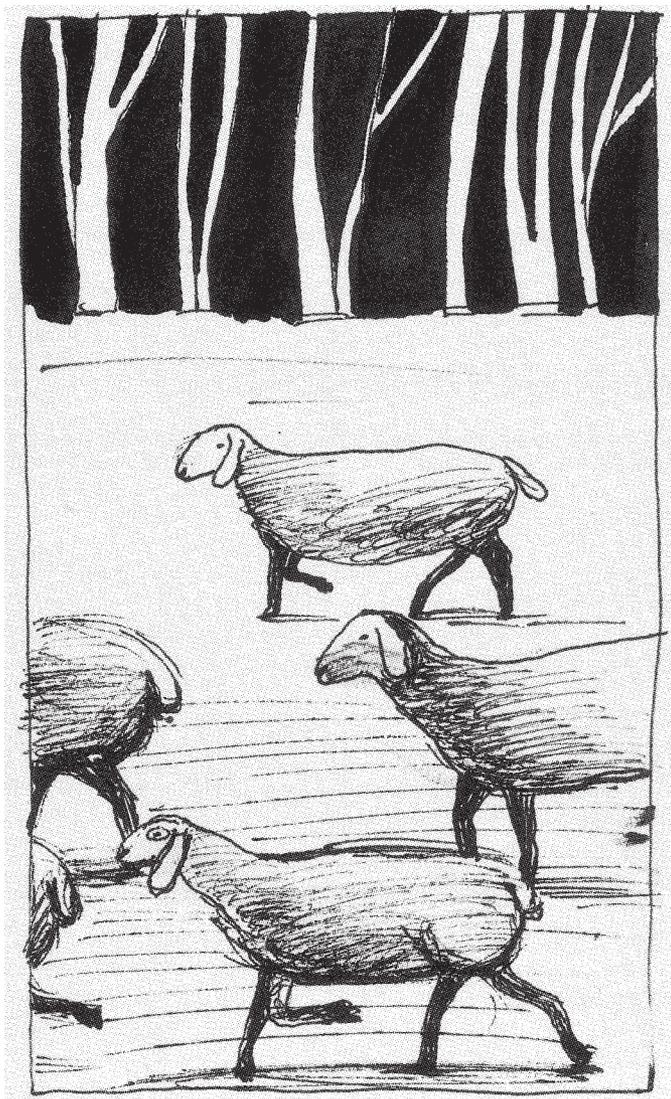
**Y** así era; había un pozo, pero seco. Las cinco o seis casas sin tejado, corroídas por el viento y la lluvia, y la pequeña capilla con el campanario derrumbado, se alzaban como las casas y las capillas de los pueblos vivos, pero la vida misma había desaparecido.





**E**ra un día de sol resplandeciente de junio, pero en esas tierras inhóspitas el viento soplaba con una brutalidad insoportable. Sus alaridos a través de las carcasas de las casas eran como los de una bestia incordiada en plena comida.

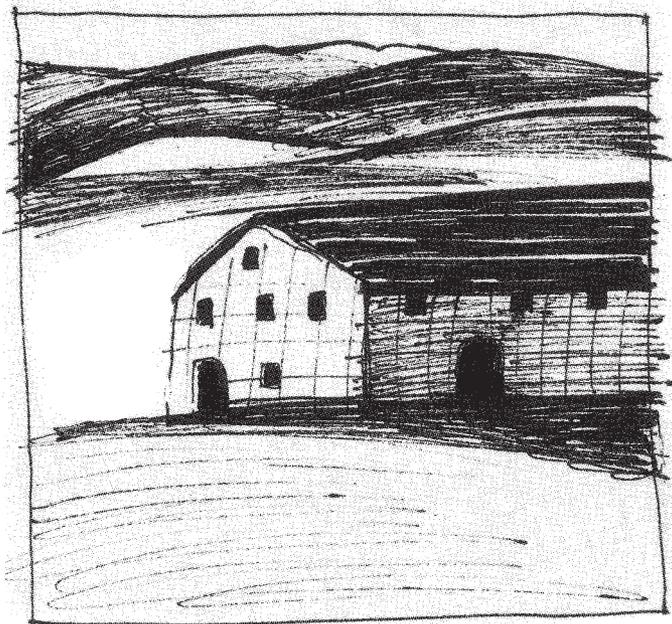
Tuve que levantar el campamento. Al cabo de cinco horas de marcha, seguía sin encontrar agua y nada alentaba la esperanza de hallarla. En todas partes reinaba la misma sequedad, los mismos hierbajos. A lo lejos me pareció entrever una pequeña silueta negra, de pie. La tomé por el tronco de un árbol solitario. Por si acaso, me dirigí hacia ella. Era un pastor. Una treintena de ovejas reposaban cerca de él, tumbadas en la tierra ardiente.



**M**e dio a beber de su calabaza y, poco después, me condujo hasta su morada, en una ondulación de la llanura. Extraía su agua excelente de un pozo natural, muy profundo, sobre el que había instalado una polea rudimentaria.

Era un hombre parco en palabras. Es propio de los solitarios, pero parecía seguro de sí mismo, con un convencimiento absoluto. Algo insólito en esta tierra despojada de todo. No vivía en una cabaña, sino en una verdadera casa de piedra, que demostraba todo el esfuerzo realizado para reconstruir la ruina que había encontrado a su llegada. El tejado era sólido y estanco. El viento, al azotar las tejas, hacía el mismo ruido que el mar contra la playa.

**T**odo estaba ordenado, la vajilla limpia, el parqué barrido, el fusil engrasado. En el fuego hervía sopa. Advertí entonces que iba recién afeitado, que llevaba todos los botones sólidamente cosidos, y la ropa remendada con tanto esmero que los remiendos parecían invisibles.



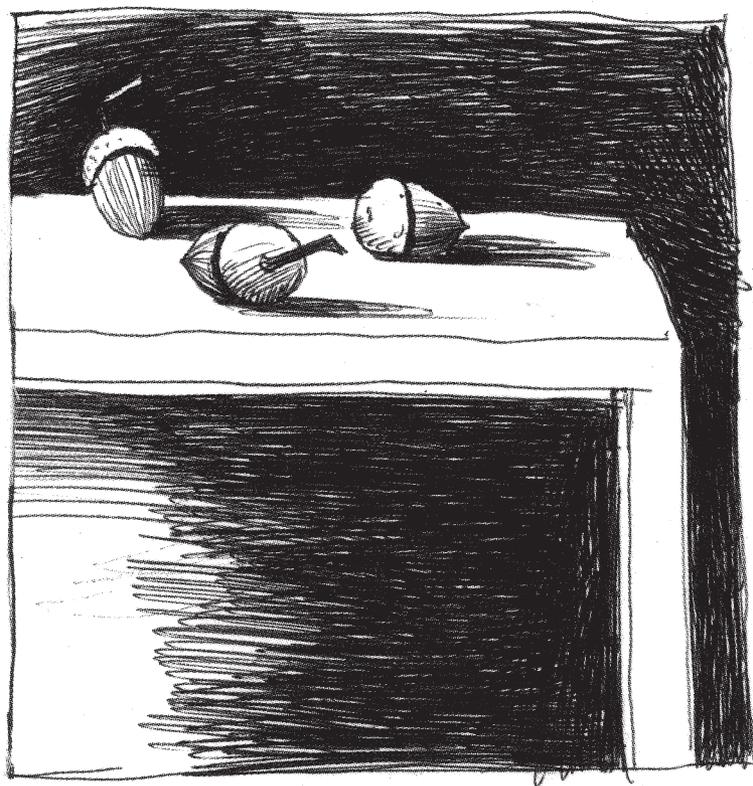


**Q**uiso que compartiéramos la sopa y, al terminar, cuando le ofrecí mi petaca de tabaco, me dijo que no fumaba. Su perro, silencioso como él, era amigable, pero no servil.

Dimos por hecho de inmediato que pasaría la noche allí; el pueblo más cercano estaba a más de un día y medio de camino. Por otra parte, conocía perfectamente el carácter de las escasas aldeas de la región. Apenas había cuatro o cinco, alejadas las unas de las otras, dispersas por los cerros, junto a los bosquecillos de robles blancos, al final de largas carreteras. Estaban habitadas por leñadores que hacían carbón de leña, y eran un mal lugar para vivir. Las familias, apretadas las unas contra las otras en ese clima de una severidad extrema, tanto en verano como en invierno, estaban cegadas por el egoísmo.

La ambición irracional se desataba, en un afán continuo por escapar de ese lugar. Los hombres llevaban el carbón a la ciudad en camión, y luego regresaban. El yugo constante de dicha tarea doblegaba hasta los temperamentos más sólidos. Las mujeres amasaban rencores. Había rivalidad en todo, tanto en la venta del carbón como en los bancos de la iglesia, en las virtudes opuestas y los vicios opuestos, así como en la amalgama de vicios y virtudes. Y por encima de todo ello, el viento sin reposo crispaba los nervios. Se daban epidemias de suicidios y numerosos casos de locura, casi siempre homicida.

**E**l pastor, que no fumaba, fue a buscar un saquito y volcó sobre la mesa un montón de bellotas. Se puso a examinarlas, una a una, con gran atención, separando las buenas de las malas. Entretanto, yo fumaba mi pipa. Le ofrecí ayuda. Me dijo que era cosa suya. En efecto: a juzgar por el esmero que ponía en la labor, no insistí. Ésa fue toda nuestra conversación. Cuando hubo separado un montón considerable de bellotas buenas, las fue contando por decenas, a la par que eliminaba las más pequeñas o las ligeramente agrietadas, ya que las inspeccionaba con mayor detenimiento. Tras reunir cien bellotas perfectas, puso fin a la labor y nos fuimos a la cama.



**L**a compañía de este hombre daba paz. Al día siguiente le pedí permiso para quedarme un día más en su casa a descansar. Le pareció muy natural, o, para ser exactos, me dio la impresión de que nada podía desconcertarlo. No es que necesitara imperiosamente reposar, pero estaba intrigado y quería saber más de él. Hizo salir al rebaño y se lo llevó a pastar. Antes de irse, sumergió en un cubo de agua el pequeño saco en el que había guardado las bellotas cuidadosamente escogidas y contadas.

Advertí que, a modo de cayado, empuñaba una vara de hierro gruesa como un pulgar, de un metro y medio de longitud. Fingí pasear a mi aire y seguí un camino paralelo al suyo. El pasto se hallaba en un pequeño valle. Dejó el reducido rebaño a cargo del perro y subió hasta el lugar donde yo me encontraba. Temí que fuera a



reprocharme mi indiscreción, pero no fue así en absoluto. Seguía su camino y me propuso acompañarle si no tenía nada mejor que hacer. Se dirigía a doscientos metros de allí, a lo alto de la loma.

Una vez hubo llegado, empezó a clavar la vara de hierro en la tierra, abriendo agujeros en los que introducía una bellota; a continuación, volvía a llenar los agujeros. Plantaba robles. Le pregunté si esa tierra le pertenecía. Me respondió que no. ¿Sabía de quién era? No lo sabía. Suponía que era una tierra comunal, o tal vez fuese propiedad de gente que no le otorgaba ninguna importancia. No tenía el menor interés en conocer a los propietarios. Plantó las cien bellotas con sumo cuidado.

Tras la comida del mediodía, reanudó la selección de semillas. Supongo que fui muy insistente en mis preguntas, ya que respondió a todas

ellas. Llevaba tres años plantando árboles en ese erial. Había plantado cien mil bellotas. De las cien mil, habían brotado veinte mil. De esas veinte mil, contaba con perder la mitad a causa de los roedores o de los designios imprevisibles de la Providencia. Así pues, quedaban diez mil robles que crecerían en esa tierra desolada.

Fue entonces cuando me pregunté la edad de ese hombre. A todas luces, tenía más de cincuenta años. Cincuenta y cinco, me dijo. Se llamaba Elzéard Bouffier. Había sido propietario de una granja en la llanura. Allí había construido su vida. Había perdido a su único hijo, y luego a su mujer. Se había retirado a la soledad y se deleitaba viviendo sin prisas, con sus ovejas y su perro. Consideraba que esas tierras estaban muriendo por falta de árboles. Y añadió que, como carecía de ocupaciones más importantes, había

decidido poner remedio a ese estado de cosas.

Como en esa época yo también llevaba una vida solitaria, pese a mi juventud, sabía tratar con delicadeza a las almas solitarias. Con todo, cometí un error. Mi juventud, precisamente, me hacía imaginar el futuro en función de mí mismo y de cierta búsqueda de la felicidad. Le dije que, dentro de treinta años, los diez mil robles serían magníficos. Me respondió con toda sencillez que, si Dios le concedía bastante vida, en treinta años habría plantado tantos otros que esos diez mil serían como una gota de agua en el mar.

De hecho, ya había empezado a estudiando la reproducción de las hayas y cerca de su casa tenía varias en un vivero, nacidas de hayucos. Los plantones, que había protegido de las ovejas por medio de una cerca de alambre, eran muy hermosos.